

Alejandro Céspedes, sobre el mundo contenido en el carro de una rueda. MANUEL ÁLVAREZ SUÁREZ

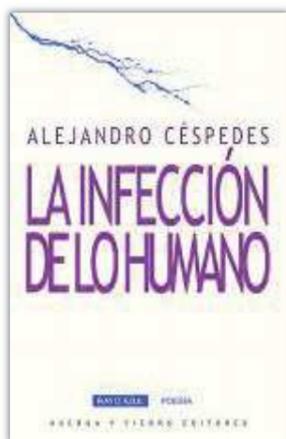
## Céspedes vuelve con poesía en mitad del «cataclismo»

'La infección de lo humano' es un poema dividido en cantos escrito en plena pandemia por el autor de 'Topología de una página en blanco'

MARÍA DE ÁLVARO

GIJÓN. Preciso y punzante como cirujano, certero como ave rapaz sobre su presa, prestidigitador sin truco de las palabras, Alejandro Céspedes, escritor, gestor cultural, director de escena y poeta sobre todas las cosas, regresa a las estanterías de novedades de las librerías con una obra escrita en plena pandemia. 'La infección de lo humano' supone el regreso de Céspedes, no a la literatura, que jamás ha abandonado, pero sus títulos más recientemente publicados, 'Las caricias del fuego' (Amargord, 2018) y 'El aliento del klai' (Huerga y Fierro, 2020), habían sido escritos años atrás.

Conmovedor hasta el desagrado, 'La infección de lo humano' es una suerte de poema único y circular que Céspedes ha dividido en cantos, uno de los cuales adelantamos junto a estas líneas antes de que vea la luz la publicación la próxima semana.



**LA INFECCIÓN DE LO HUMANO**  
ALEJANDRO CÉSPEDES  
Huerga y Fierro Editores. Colección Rayo Azul de Poesía. 76 Páginas. Madrid, 2020. 12 euros

Arranca el gijonés con alma y pasado madrileño citando a Artaud: «El mundo al principio era real» y sigue con él para centrar el tiro: «Está bien que de tanto en tanto se produzcan cataclismos que nos inciten a volver a la naturaleza, es decir, reencontrar la vida». Es ese reencuentro, con la vida y natural e inexorablemente también con la muerte, el que recoge a lo largo de sus cantos. Cantos que acompaña con Mozart y Chopin, pero también

con Anaximandro, Schopenhauer, Cioran o Voltaire, con lo mejor y más con lo peor del ser humano ahora que «es el tiempo de la degradación» y el momento de mirar al instante: «¡De rodillas! Al instante hay que mirarlo de rodillas».

Ainhoa Sáenz de Zaitiegui escribió una vez que Céspedes «aporta al arte más que talento, le da un porvenir». Y esto es lo que ha vuelto a hacer con este libro escrito de forma casi compulsiva, de un solo golpe, algo que, él mismo reconoce, «no me había pasado en la vida». Un libro que deja, como suele hacer el autor, sin aliento.

La puesta de largo será en Madrid el próximo miércoles y posteriormente se presentará en el festival POEX de Gijón. Al día siguiente, el jueves 25, en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense Céspedes estrenará el espectáculo a propósito de 'El aliento del klai'. Bajo el título 'El aliento del klai, pequeñas historias sobre la indiferencia', Céspedes pondrá voz, cuerpo e imagen sobre sus textos, una forma de llegar al público distinta y marca de la casa, igual que sus personalísimos video-poemas.

### CANTO XI

Extensos, excesivos, ídolos huecos que se fortifican en sus mundos posibles mientras todo deserta de ser útil y ambiguo.  
¡El momento ha triunfado y hará suyas las dudas del principio!  
La creación entera apuesta al cinco rojo y rueda la ruleta del destino...  
¡Ha vencido la espina!  
Siempre gana la banca y el crupier nos señala los infiernos con su eterna sonrisa arremangada.  
Ya no queda en nosotros nada estable, una delicuescente circunstancia afianza nuestras idas y venidas en la rueda de azar que es la existencia.  
El llanto teme al orden, le seduce y le anima a estrangularse mientras toca al compás de la derrota una lenta sonata para niños que tejen los hilos de una horca.

A estas alturas ya... A estas alturas una esperanza débil inserta sus ganzúas dentro de este amasijo y las armas adoran a un tótem travestido.  
Afirmar o negar.  
No hay opción intermedia, la nostalgia no es moneda que sirva en esta lonja.  
—¿A qué estáis esperando?  
Destruir es crear, cada ciclo que expira llena el cauce de argucias.  
Cómplices de las plagas del desánimo estamos abducidos por el odio y el miedo.  
Igual que aquel homínido que pintó con carbón nuestro pasado tenemos que hacer sangre con todos los grafitis, estampar en las piedras del futuro lo que hoy es primitiva discrepancia.  
—¡A qué estáis esperando!

Los demonios y dioses son amantes lascivos que cuentan sus conquistas con números trucados y juegan a la vida y a la muerte apostando fortunas que les fueron prestadas.  
Es un juego impostado, se restriegan, se lamen, se penetran intermitentemente unos a otros mientras frágiles víctimas humanas corresponden al sexo, con deleite se entregan a su causa, se convierten en putas facilísimas que ni siquiera cobran por servicios tan rápidos.  
Hombres desvencijados por los miembros grotescos de demiurgos e ídolos han pactado con ellos sus destinos y cumplen escrupulosamente con el papel firmado: devorarse es el trato.  
Contenida la rabia, desposada la duda, la ruptura se agrava con cada arremetida.  
Deidades y malignos eyaculan y gimen dentro del intestino de jóvenes imberbes.  
Lo que ignoran encuentra piedad en la matanza.  
La piedra que lapida reza para que todos acaben por saciar sus apetitos, ¡exasperante enigma el de la honda!  
Fanática obsesión por el encuentro.  
Hombres y dioses juntos, hasta el cuello enterrados en una misma tierra y la piedra buscándolos y la llama abrasándolos en una misma pira.  
—Debéis saber que el fuego no distingue el conflicto.  
Destruir es crear.  
Solo nuestro entusiasmo en la inconsciencia podría permutar esa condena.  
No existe redención en las certezas, tan solo un inexacto resultado protegido detrás de las consignas, creencias estampadas durante el nacimiento en el software de cada personaje que se fabrica en serie bajo papel de calco.

Deformes se consumen los atlas de lo humano devorados por tribus de insectos legendarios, caníbales que avivan las hogueras de toda desconfianza, igneos en la sospecha, náufragos en el cálculo, en el dogma engarzados..., hay una masa inerte de seres que se inclinan sobre fosas abiertas que bullen expectantes.

Los hornos crematorios apilan sus cenizas debajo de las brasas y avivan los exilios interiores y exteriores de todo lo arrasado.

Vestiremos de luto por aquellas luciérnagas quemadas.